

DE TUPAMARO A FILÓSOFO

Cristina Peri Rossi

Escritora

El veintinueve de abril de 2009, en el Palacio Legislativo, sede de las Cámaras de la República Oriental del Uruguay, José Mujica, alias Pepe, recién elegido nuevo Presidente, dedicó un discurso singularísimo a los intelectuales, original por su forma espontánea, poco convencional por su contenido y vibrante por su proyección de futuro. En el país que tiene más escritores por kilómetro cuadrado del mundo (la frase me la dijo hace muchos años el Presidente de la Academia Sueca del Nobel, Artur Lundkvist, traductor, poeta, militante en las Brigadas Internacionales que defendieron la República Española del asalto franquista) la palabra “intelectual” —tan en descrédito en el capitalismo financiero— tiene un aura de compromiso político y de militancia que ha dejado de tener en la Europa de fin de la Guerra Fría.

Pepe Mujica es un presidente insólito aún para América Latina: perteneció a la guerrilla tupamara, una de las pocas guerrillas urbanas, llegó a la dirección del aparato militar, cayó prisionero, fue ferozmente torturado, resistió, y una vez liberado, luego de trece años de prisión en condiciones infrahumanas, sobrevivió, dedicándose a la política legal (el Movimiento Tupamaro hizo autocrítica y aceptó la vía democrática). Pero no es un político al uso.

Viste de manera desaliñada (la noche en que ganó las elecciones salió a saludar en mangas de camisa y sin corbata, riéndose, dijo que al día siguiente iba a encargarse un par de trajes), es chacarero, es decir, se dedica a cultivar un pequeño huerto y a criar unos pocos cerdos, es optimista, tiene gran sentido del humor y detesta el protocolo, todo lo que pueda asemejarse a lo burgués. Vive con su compañera, Lucía Topolansky,

líder de la guerrilla tupamara en los años setenta, encarcelada y vilmente torturada durante mucho tiempo, actualmente Presidenta de la Cámara de Senadores, ante la cual Pepe Mujica tuvo que prestar juramento al asumir el cargo.

Con su indomitable afán de supervivencia, comenzó su discurso con una afirmación insólita para un hombre de su biografía. Dijo: *“La vida ha sido extraordinariamente generosa conmigo. Me ha dado un sinfín de satisfacciones que nunca me hubiera atrevido a imaginar.”*

Parece un poco extraño esta afirmación de un líder que fue perseguido, aislado, torturado, pero demuestra la virtud por la cual ha sido elegido: su generosidad, su capacidad de convertir lo malo en bueno, su optimismo, su fe. Quizás esta sea la palabra clave. Tuvo la fe revolucionaria; ahora tiene la fe democrática.

Los políticos suelen desconfiar de los intelectuales, hombres y mujeres sólo comprometidos con la duda, con la búsqueda, con el conocimiento, y por tanto, nada fieles a las consignas partidistas.

Pero a veces, los necesitan (la revolución cubana contó, al principio, con el apoyo de toda la intelectualidad del continente y la europea, como ocurrió con la revolución rusa o la transición española). Pero José Mujica planteó el 29 de abril una acepción muy amplia y favorable de la palabra “intelectual”. Dijo que en esa reunión había muchísimos intelectuales porque *“aquí están los que se dedican a trabajar con átomos y moléculas y los que se dedican a estudiar las reglas de la producción y el intercambio en la sociedad. Hay gente de las ciencias básicas y de su casi antípoda, las ciencias sociales; gente de la biología y del teatro, y de la música y de la educación, del derecho y del carnaval.”* Esta voluntad de heterogeneidad y de no exclusión es una de las virtudes características de Pepe Mujica, pero no es exclusiva: Uruguay es uno de los pocos países del mundo que cuenta con una plataforma unida de la izquierda (el Frente Amplio) y una Central Única de Trabajadores, que incluye desde los miembros de la Orquesta Sinfónica Nacional a los obreros metalúrgicos. De modo que incluir a los murguistas del carnaval entre los intelectuales no sorprendió a nadie. Deseó que

dentro de veinte años el famoso Estadio Centenario no alcance para reunir a todos los intelectuales, no para batir una marca, sino porque *“una vez que la inteligencia adquiere un cierto grado de concentración en una sociedad, se hace contagiosa”*. Enseguida, equiparó la inteligencia de un científico nuclear con la de un campesino que labra la tierra. Y alabó el inconformismo, que conduce permanentemente a la búsqueda, a la incomodidad. ¿Discurso de un político o de un filósofo? Confieso que por momentos, tuve la sensación de estar en la Antigua Grecia, en el Ágora, donde los filósofos hablaban durante horas con los ciudadanos. Y frente a un futuro tecnocrático dirigido por Internet, Mujica advirtió: *“No le des un dato a un niño, enséñale a pensar.”* Como algunos de los antiguos filósofos griegos, que gozaban en la plaza discutiendo con los ciudadanos, explicó que en el conocimiento y la cultura no sólo hay esfuerzo, sino placer. Y comparó el goce de comer un plato de tallarines con el que se siente al estudiar y aprender. Sentenció: *“Despilfarrar no es lo que hacen las sociedades más maduras. Vayan a Holanda y vean las ciudades repletas de bicicletas. Así se darán cuenta de que el consumismo no es la elección de la verdadera aristocracia de la humanidad. Es la elección de los noveleros y de los frívolos.”*

José Mujica reivindicó el inconformismo de los años sesenta para construir una sociedad más dinámica. El inconformismo de su juventud, del extraordinario semanario *Marcha* (a cuya redacción perteneció quien escribe, cuando tenía sólo veinte años) que realizó una gran tarea de concienciación y de superación.

Y en un país donde la izquierda ha sido fóbicamente *antiyanqui*, donde lo culto ha sido lo francés, lanzó un plan subversivo: *“enseñanza terciaria masificada. Y probablemente, inglés desde el preescolar, porque el inglés no es el idioma que hablan los yanquis, es el idioma con el que los chinos se entienden con el mundo”*.

El mundo se sorprendió cuando un ex tupamaro, del aparato militar, curtido en enfrentamientos, perseguido, torturado, humillado y luego readaptado a la vía democrática, ganaba limpiamente por mayoría absoluta (en la segunda vuelta) las elecciones de un país culto, civilizado y acogedor, como Uruguay. Pero quizás una de las

claves de este triunfo está en una de las últimas frases de ese discurso a los intelectuales. Pepe Mujica dijo: *“En Uruguay todos aprendimos que es preferible la peor democracia a la mejor dictadura”*. Es una frase de un alcance tremendo en boca de un hombre que cuando fue joven (ahora tiene 74 años) eligió la lucha armada. El reconocimiento de un error que condujo al exilio, a la muerte, a la tortura a miles y miles de hombres y mujeres. La pronuncia uno de los sobrevivientes. Y la pronuncia consciente de que fue uno de los responsables de haber elegido una vez el camino que desembocó en una dictadura. Eso lo ha comprendido muy bien el electorado uruguayo. El *tupa* Pepe Mujica no es quien ganó las elecciones. Las ganó el *tupa* arrepentido, el *tupa* transformado, crecido en la desgracia, convertido en filósofo. De guerrillero a filósofo.

La otra clave de su triunfo y de su discurso es la enorme capacidad de comunicación. Pepe Mujica es un seductor, como cualquier político. Pero no seduce desde la manipulación, sino desde el convencimiento. Sus convicciones están sostenidas en su moralidad. Porque si fue un guerrillero convencido, también fue un prisionero convencido: no optó, cuando pudo optar, por pasarse al enemigo, para salvar el pellejo. Su vía crucis personal ha sido de la guerrilla a la cárcel, de la cárcel a la filosofía, y de la filosofía a la presidencia del país más culto, noble y generoso de América Latina.

Platón desconfiaba de que los poetas y los filósofos fueran buenos gobernantes. Yo, en cambio, creo que es hora de que poetas y filósofos gobiernen, junto a los políticos, porque todos somos un poco poetas, un poco filósofos y un poco políticos. Sin exclusiones, como postula el nuevo presidente de Uruguay. Pero con generosidad. *“Los que estamos aquí —concluyó— nos acercamos a la política para servir, NO para servirnos del Estado. La buena fe es nuestra única intransigencia. Casi todo lo demás es negociable”*.

Escuchar a Pepe Mujica es como oír las Bienaventuranzas. Y de ellas, elijo una: Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los Cielos.

Barcelona, abril de 2010